

convertir á los infieles,^o robustecía la creencia de que este era un deber imperioso, y servía de base aparente (y aun podía decirse que para aquellos tiempos de verdadera base) al derecho de conquista.²

Verdad es que este derecho no autoriza para actos de violencia innecesarios. La presente expedición, hasta el periodo á que acabamos de llegar, ha-

1 En esta condicion, terminantemente espresada y repetida varias veces, se fundan las famosas bulas de Alejandro VI, de 3 y 4 de Mayo de 1493, en las que confiere á Fernando é Isabel el pleno dominio de todas las tierras de las Indias Occidentales, que no hubiesen sido ya descubiertas por príncipes cristianos. Véanse estos preciosos documentos en Navarrete Coleccion de los viages y descubrimientos. (Madrid, 1825) tom. II, notas 17 y 18.

2 El título en que los protestantes fundaban sus derechos naturales á los frutos de las tierras descubiertas por ellos en el Nuevo mundo, es muy diverso. Consideran que la tierra está creada para que se la cultive, y que la Providencia no puede haber tenido el desiguio de que tribus errantes de salvajes posean un territorio mas que sobrado para satisfacer sus necesidades, con esclusión de los hombres civilizados. Pero ciertamente que segun esto, por lo tocante al cultivo de la tierra, malos títulos de posesion tenemos sobre muchos de nuestros actuales dominios, que despoblados é incultos no son nada necesarios para nuestro mantenimiento presente y próximamente venidero.

El argumento fundado en la diferencia de civilizacion, es todavía mas dudoso. Debemos confesar, en honor de nuestros bisabuelos los puritanos que alegaron ningun derecho natural, ni menos se fundaron en las concesiones del rey Santiago, que daban derechos, casi tan absolutos como los que pretendia tener la Santa Sede, pues por el contrario, sus títulos al nuevo suelo los adquirieron comprándolos legítimamente á los naturales, conducta que forma un honroso contraste con la seguida por muchísimos de los que fundaron nuevos establecimientos en el continente americano. Es de observar, sin embargo, que cualesquiera que hayan sido las diferencias entre la Iglesia católica (ó mejor dicho, entre los gobiernos español y portuques) y el resto de la España, con respecto al ver-

bia sido manchada con menos de estos actos, que casi todos los descubrimientos de los españoles en el Nuevo-Mundo. Durante toda la campaña, habias prohibido Cortés todas las injurias y ataques á las personas y propiedades de los naturales, y á los que los habian perpetrado les habia castigado con ejemplar severidad. Habia sido fiel á sus amigos, y, con pocas excepciones, tambien poco cruel con sus enemigos. Sea que la conveniencia ó principios, les dictasen tal conducta, ella siempre le hace honor aun cuando nadie que tenga alguna sagacidad dejará de conocer que en este punto estaban de acuerdo la conveniencia y los principios de los conquistadores.

Habia entrado en Cholula invitado por el emperador indio, quien ejercia una dominacion, aunque

dadero fundamento de la legalidad de sus títulos, siempre se han reducido en sus disputas mútuas, á reconocer los derechos de antelacion en el descubrimiento. Véase una breve idea de la cuestion, en Vattel (derecho de gentes, sec. 209,) y mayormente en Kent (Comentarios á las ley americanas, vol. III, lecc. 51,) donde está tratada, lucida y elocuentemente. La cuestion considerada como Derecho de gentes, se encuentra delucida en el famoso caso de Johnson. (Véase M. Intosh) Wheaton, Reports of Cases in the supreme Court of the United States, vol. VIII, pág. 543 y siguientes. Si no fuera tratar muy ligeramenie cuestion tan grave, suplicaria yo que se me permitiese remitir al lector á la Historia de Nueva York de Diedrick Knickerbocker (lib. 1^o, cap. 5,) donde se encuentra los argumentos mas vulgares, sometidos al crisol del ridiculo, crisol que manifiesta mejor de lo que se pudiera con razones serias, lo que valen, ó por mejor decir, lo poco que valen sus argumentos.

encubierta, real y verdadera sobre aquel territorio donde le habian recibido como amigo y haciéndole todas las demostraciones posibles de benevolencia: sin provocacion alguna suya ni de sus subordinados, se encontraron de repente amenazados de ser víctimas de la mas páfida trama; puestos sobre una mina que podia estallar en el momento menos esperado y envolverlos á todos en las ruinas. Razon tuvieron en juzgar que su salvacion consistia en anticipar el golpe, pero sin embargo, ¿quién puede dudar que el castigo fué excesivo, que el mismo fin se pudiera haber conseguido descargando la venganza contra los gefes criminales y no contra la plebe ignorante que no hacia mas que obedecer las órdenes de sus señores? Pero por otro lado, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado de poder, sea parco ni escrupuloso en el ejercicio de éste? ¿Ni quién, tampoco, que las pasiones violentas de un soldado, inflamadas por un agravio reciente, se contengan en el momento de la explosion?

Quizá decidiríamos mas imparcialmente acerca de la conducta de los conquistadores, comparándola con la que han seguido nuestros contemporáneos mismos cuando se han visto en igualdad de circunstancias. Las atrocidades cometidas en Cholula por los conquistadores, no son tan bárbaras como las que sus descendientes han sufrido en la última guerra de la Península, de parte de los ingleses en Pa-

dajoz, y de la de los franceses en Tarragona y en otras cien partes. Le desenfrenada carnicería, los ataques á la propiedad, y sobre todo, esos ultrajes peores que la muerte, de los que estuvo escento el sexo débil en Cholula, forman un catálogo de excesos tan atroces como los que se imputan á los españoles, y en cuya defensa no se puede alegar ni el resentimiento, ni la necesidad de hacer una esforzada y patriótica resistencia.

La consideracion de todos estos sucesos cuya repeticion nos ha familiarizado con su espectáculo, debe hacernos mas indulgentes al juzgar de lo pasado; el cual nos enseña que el hombre, ya sea salvaje, ya culto, cuando sus pasiones se han escitado, es el mismo en todos tiempos.

Otra cosa nos enseña, y es en verdad una de las lecciones mas provechosas que nos ofrece la historia, y es: que puesto que semejantes actos son *inevitables* en la guerra, aun cuando se verifique entre los pueblos mas ilustrados, los que rigen los destinos de las naciones; deben someterse á cualesquiera sacrificios, escepto el del honor, antes que apelar á la decision de las armas. El solícito esmero que tienen los pueblos modernos en evitar tales calamidades, por medio de conferencias pacíficas y de una mediacion imparcial, es una grandísima prueba, mayor que todos los adelantos hechos en las ciencias y las artes, de nuestra superioridad en cultura sobre los pueblos antiguos.

Está lejos de mí el designio de justificar las crueldades de los primeros conquistadores: que graviten con todo su peso sobre su cabeza: eran una raza de hierro, que si no se cuida gran cosa de sus propios peligros y padecimientos, poco miramiento había de tener á los de sus desventurado enemigos; pero para juzgarlos debidamente, no los véamos á la luz de nuestro siglo, retrocedamos al suyo y coloquémonos en el punto de vista que permite la civilización de entónces: solamente de esta suerte podremos calificar imparcialmente á las pasadas generaciones. Otorgémosles á éstas la justicia que exigimos nosotros de nuestra posteridad cuando, á la luz de una civilización mas adelantada, examine los hechos oscuros y dudosos que hoy apenas fija nuestra atención.

Mas cualquiera que sea el mérito moral de la acción de que vamos hablando, como un golpe de política no se puede disputar que era bien calculado. Las naciones de Anáhuac habian contemplado con asombro y miedo á aquel puñado de extranjeros que se internaba cada vez mas en el pais, arrostrando todos los obstáculos, venciendo ejércitos tras de ejércitos, con mayor facilidad que la que tiene la velera naopara hender el mar bravío, ó que la lava cuando se precipita de los volcanes y sigue incontrastable su carrera, empujando delante de si todos los obstáculos, y dejando devastado y consumido cuanto se encuentra en su huella abrasadora.

Las proezas de los españoles, de los *dioses blancos*,¹ como se les llamaba por los indios, los hacian pasar por invencibles; pero hasta que no llegaron á Cholula no se supo cuán tremenda era su venganza!

Todos temblaron; pero nadie cual el emperador azteca, cuyo trono estaba sentado en medio de las montañas. En aquellos acontecimientos creia leer los negros caracteres trazados por el siniestro dedo del destino.² Ya veia su reinado desvaneciéndose, como se desvanece la niebla de la mañana.

Algunas de las mas importantes ciudades de las inmediaciones de Cholula, amilanadas por la desgracia de la capital, enviaron embajadores al campo de los cristianos: requiriendo su alianza y halagándulos con ricas dádivas de oro y esclavos.³

Moctuczoma asustado con estas muestras de abandono, volvió á consultar con sus dioses impotente los cuales, á pesar de que sus aras humearon con

1 *Los Dioses blancos*. Camargo, His. de Tlaxcalan, MS. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 40.

2 Sahagun, His. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

En una arenga que se oyo con motivo del advenimiento de un príncipe azteca, encontramos la siguiente notabilísima prediccion: ¿Acaso tú tienes cuidado de las cosas adversas y espantables que han de venir; que no las vieron pero temieron los antiguos y antes pasados?... ¿Cuándo se verá la perdicion y destrimiento que acontecerá á los reinos, pueblos y señoríos, y cuando súbitamente todo á oscuras y todo destruido, ó cuándo vendrá tiempo en que nos hagan á todos esclavos y andaremos sirviendo en los mas bajos servicios? (Ibid, lib. VI, cap. 11.) Esta estraña profecía que he traducido literalmente, prueba cuán fuertemente arraigado estaba en los indios el temor de una futura é inminente revolucion.

3 Herrera, His. gral. dec. 2, lib. 7, cap. 3.

la sangre de hecatombes de víctimas humanas, no le dieron ninguna respuesta consoladora. En vista de esto, resolvió mandar á los españoles otra nueva embajada, negando que hubiese tenido participacion alguna en la conspiracion de Cholula.

Mientras permanecia Cortés en esta ciudad. Creyendo que la impresion que debian haber producido las últimas escenas era una coyuntura á propósito para tentar la conversion de los infieles, instó á los ciudadanos para que abrazasen la Cruz y dejarasen aquellos falsos patronos que los habian abandonado en el momento de mayor peligro.

Pero las tradiciones de tantos siglos, esparcian todavía una corona de gloria sobre aquel santuario de los dioses, la Ciudad Santa del Anáhuac. No era de esperar que aquel pueblo se prestara gustoso á renunciar á sus preeminencias y á abajarse al nivel de las demas ciudades. Con todo Cortés hubiera insistido en su propósito, á no ser por los consejos del sábio Olmedo, quien le persuadió á que le dejase para despues de hecha la conquistade todo el pais.¹

Pero le cupo la satisfaccion de romper las jaulas an que estaban encerradas las víctimas destinadas al sacrificio y de devolver á éstas la á libertad y la vida.

Se apoderó de aquella parte del templo mayor,

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 83.

que siendo de piedra no habia sido devorada por las llamas y la dedicó al culto católico.

Una cruz de extraordinarias dimensiones, cuyos brazos se estendian sobre la ciudad. anunciaba que ésta habia quedado bajo la proteccion de la Cruz. En este mismo sitio está hoy un templo circundado de cipreses antiquísimos y consagrados á N. Señora de los Remedios.

Allí se encuentra una imágen de la Virgen, cuya imágen se dijo la dejó el conquistador mismo.¹

Un eclesiástico indio, descendiente de los antiguos cholultecas, celebra las pacíficas ceremonias de a Iglesia católica, en el mismo lugar donde sus antecesores celebraban los sanguinarios ritos del místico Quetzalcoatl.²

Mientras esto pasaba, llegó otra nueva embajada de México: traia, como era de costumbre, un valioso regalo de plata y oro, animales artificiales que imitaban al pavo, con plumas de aquel último metal. A esto se añadian mil quinientas vestiduas de algodón finamente trabajadas.

El emperador volvia á espresar cuánto sentimiento le causaha la catástrofe de Cholula, se vindicaba de toda participacion en aquella trama, y decia que ya habia acarreado á sus autores la retribucion merecida, y que para impedir que se repitiesen tales

¹ Veytia, Hist. Antig., tomo 1, cap. 13.

² Humboldt, Vistas de las Cordilleras, pág. 32

escesos habia mandado que se situase en las inmediaciones de la ciudad un ejército azteca.

No se puede ver esta conducta pusilánime de Moteuczoma sin sentir hácia á él, á la vez lástima y desprecio. No es fácil creer en su ponderada inocencia con respecto á la conspiracion de Cholula, atendiendo á algunas de sus circunstancias; pero no perdamos de vista que las noticias que de ella nos quedan, provienen ó de escritores españoles, ó de indios que florecieron poco despues de la conquista, es decir, cuando el pais ya era una colonia de España. En efecto, ni una sola historia azteca ha sobrevivido capaz de ser interpretada; el triste destino del infortunado Moteuczoma es, que su retrato solo nos queda trazado por el pincel de sus enemigos.

1 Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 69. Gomara, Crónica, cap. 63. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 84.

2 Lo que se dice en el texto parecerá tal vez infundado, atendiendo á que existen tres códices con interpretaciones, como lo hemos dicho antes. Pero estos tres códices contienen muy pocas noticias relativas á Moteuczoma, y están sacados de comentarios de monges españoles, que muy á menudo son irreconciliables manifiestamente, con las mas auténticas noticias sobre los aztecas. Aun escritores como Ixtlilxochitl y Camargo, que por su descendencia de los indios parece que debian mostrar mas independencia, cuidan menos de esto, que de aparecer fieles á su nueva religion y á su nueva patria. Acaso el mas fehaciente de los recuerdos de aquel tiempo, es la obra de Sahagun, y mayormente el libro 12, donde recopiló noticias recogidas poco despues de la conquista. Esta porcion de la obra ha sido escrita de nuevo por el autor y considerablemente reformada por él ya en los últimos años de su vida; así es que es de dudar si acaso la version ya reformada es tan fiel como el original, que todavía permanece manuscrito y que es el que yo he consultado principalmente.

Ya habian pasado mas de quince dias desde que Cortés habia entrado en Cholula, por lo que resolvió proseguir sin demora su marcha á la capital. La venganza sobre los cholultecas habia sido tan rigurosa, que conoció, que el enemigo que se dejaba á la retaguardia no podia molestarlo en caso de retirada. Antes de su partida tuvo el placer de saldar (en apariencia á lo menos) la enmidad que por tanto tiempo habia habido entre los de Cholula y Tlaxcalan, y que no volvió á revivir despues de verificada la súbita revolucion que cambió todos los destinos de Anáhuac.

Algo le inquietaba no obstante, la súplica que le hicieron los aliados zempoaltecas, de que les permitiese volver á su tierra, alegando que por su comportamiento con los recaudadores aztecas y por la ayuda que habian prestado á los españoles, se juzgaban poco seguros en la corte del emperador. En vano trató Cortés de tranquilizarlos con promesas de proteccion: la desconfianza y temor de Moteuczoma eran demasiado grandes para poder ser reprimidos. Le habian sido tan útiles por su fidelidad y valor, que el general español no podia ver sin sentimiento la determinacion en que estaban de abandonarle, ni acceder á ella sin grandes dificultades. Mas al fin, condescendiendo en su justa peticion, se despidió de ellos al partir de Cholula; pero despues de recompensarles liberalmente con la

vestiduras y joyas que le había enviado el emperador. Aprovechóse también de su ida, para enviar á Juan de Escalante, su teniente en Veracruz, unas cartas en que le informaba de los felices adelantos que se habían hecho: preveníale además, que redoblase las fortificaciones de la plaza, por manera que se pudiese resistir á cualquiera tentativa hostil de parte de Cuba, cuidando no menos de prevenirle que evitase todo alzamiento de los naturales, finalmente, recomendaba muy especialmente que protegiese á los totonecas, cuya fidelidad con los españoles los esponía gravemente á la venganza de los aztecas.¹

1 Bernal Díaz. op. cit., caps. 84, 85. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 67. Gomara, Crónica, cap. 60. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

CAPITULO V.

CONTINUA LA MARCHA.—SUBEN EL GRAN VOLCAN.

—VALLE DE MEXICO.—

IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.

—CONDUCTA DEL EMPERADOR.—BAJAN AL VALLE.

(1519.)

Restablecido completamente el orden en Cholula, prosiguieron su marcha los ejércitos aliados, español y tlaxcalteca. El camino pasaba por entre bellas campiñas y frondosos plantíos que lo rodeaban en todas direcciones, y que ocupaban varias leguas. En su marcha los alcanzaron los enviados de varias ciudades, solícitos por ganarse la protección de los blancos, á cuyo fin les mandaban ricas dádivas, especialmente de oro, por ser bien sabido en todo el país lo codiciado que era aquel metal, de los españoles.